

que mostraban sus corazones con las muchas alegrías que hacían. Antes de abajar las gradas llegaban todos los señores que estaban en las Cortes y en corte á darle obediencia. Y en señal del señorío que sobre ellos tenía, le presentaban plumajes, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte. Acompañábanle hasta una gran sala, é ibanse. El Rey se asentaba en uno como estrado, que llaman tlateco. No salía del patio y templo en cuatro días, los cuales gastaba en oración, sacrificios y penitencia. No comía más de una vez al día, y aunque comía carne, sal, ají y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al día y otra la noche en una gran alberca, donde se sangraba de las orejas, é incensaba al dios del agua Tlaloc. También incensaba los otros ídolos del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas tintas en sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro días, venían todos los señores á llevarlo á palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban á la cara después de la consagración. Con haber dicho estas ceremonias y solemnidad que Méjico tenía en coronar su rey, no hay qué decir de los otros reyes, porque todos ó los más siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto, sino al pie de las gradas. Venían luego á Méjico por la confirmación del estado, y vueltos á sus tierras, hacían grandes fiestas y convites, no sin borracheras ni sin carne humana.

#### La caballería del Tecuitli

Para ser tecuitli, que es el mayor dictado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores. Tres

años y más tiempo antes de recibir el hábito de esta caballería, convidaban á la fiesta á todos sus parientes y amigos, y á los señores y tecuitles de la comarca. Venían, y juntos miraban que el día de la fiesta fuese de buen signo, por no comenarla con escrúpulo. Acompañaban al caballero novel todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor ídolo de las repúblicas. Los señores, los amigos y parientes que convidados estaban, lo subían por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el ídolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salía luego el sacerdote mayor, y con un aguzado hueso de tigre, ó con una uña de águila, le horadaba las narices, entre cuero y ternillas, de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas piedrezuelas de azabache negro, y no de otro color; hacía tras esto un gran vejamen, injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes, salvo lo deshonesto. El caballero se iba entonces así desnudo á una sala del templo, y comenzaba á velar las armas, asentábase en el suelo, y allí se estaba rezando. Comían los convidados muy de regocijo; pero en acabando, se iban sin hablarle. Como anohecia, le traían ciertos sacerdotes unas mantas groseras y viles que vistiese; una estera y un tajoncillo por almohada, en que se recostase, y otro por silla para sentarse; traíanle tinta con que se tiznase. Púas de metl con que se punzase las orejas, brazos y piernas; un brasero y resina para incensar los ídolos; y si había gente con él, echábanla fuera, y no le dejaban más de tres hombres, soldados viejos y diestros en la guerra, que le industriasen y tuviesen en vela. No dormía en cuatro días sino algunos ratillos, y aquellos asentado; que los soldados le despertaban picándole con púas de metl. Cada media noche sahumaba los ídolos, y ofreciales gotas de sangre que de su cuerpo sacaba. Andaba todo el patio y templo una vuelta al rededor, cavaba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, copalli, y cañas con sangre de sus orejas, manos, pies y lengua. Tras

esto comía; que hasta entonces no se desayunaba. Era la comida cuatro bollicos ó buñuelos de maiz, y una copa de agua. Alguno de estos tales caballeros no comía bocado en cuatro días. Acabados estos cuatro días, pedía licencia á los sacerdotes para ir á cumplir su profesión á otros templos; que á su casa no podía, ni llegar á su mujer, aunque la tuviese, durante el tiempo de la penitencia. Al cabo del año, y de allí adelante, cuando quería salir, aguardaba á un día de buen signo para que saliese en buen pie, como había entrado. El día que había de salir venían todos los que primero le honraron, y luego por la mañana le lavaban y limpiaban muy bien, y le tornaban al templo de Camaxtli con mucha música, danzas y regocijo. Subíanle á cerca del altar, desnudábanle las mantillas que traía, atábanle los cabellos con una tira de cuero colorado al colodrillo, de la cual colgaban algunas plumas, cubríanlo de una fina manta, y encima de ella le echaban otra manta riquísima, que era el hábito é insignia de tecuitli. Poníanle en la mano izquierda un arco, y en la derecha unas flechas. Luego el sacerdote le hacía un razonamiento, del cual era la summa que mirase la orden de caballería que había tomado, y así como se diferenciaba en el hábito, traje y nombre, así se aventajase en condición, nobleza, liberalidad, y otras virtudes y obras buenas; que sustentase la religión, que defendiese la patria, que amparase los suyos, que destruyese los enemigos, que no fuese cobarde, y en la guerra que fuese como águila ó tigre, pues por eso le agujereaba con sus uñas y huesos la nariz, que es lo más alto y señalado de la cara, donde está la vergüenza del hombre. Dábale tras esto otro nombre, y despedíale con bendición. Los señores y convidados forasteros y naturales se sentaban á comer en el patio, y los ciudadanos tañían y cantaban conforme á la fiesta, y bailaban el netoteliztli. La comida era muy abastada de toda suerte de viandas, mucha caza y volatería; ca de solos gallipavos se comían á yantar mil, y mil y quinientos. No hay número de las co-

dornices que allí se gastaban, ni de los conejos, liebres, venados, perrillos capados y cebones. También servían cu-lebras, viboras y otras serpientes guisadas con mucho aji; cosa que parece increíble, pero es cierta. No quiero decir las muchas frutas, las guirnaldas de flores, los mazos de rosas y cañutos de perfumes que ponían en las mesas; pero digo que gentilmente se embeodaban con aquellos sus vinos. En fin, en semejantes fiestas no había pariente pobre. Daban á los señores tecuitles y principales convidados plumajes, mantas, tocas, zapatos, bezotes, y orejeras de oro ó plata ó piedras de precio. Esto era más ó menos, según la riqueza y ánimo del nuevo tecuitli, y conforme á las personas que se daba. También hacia grandes ofrendas al templo y á los sacerdotes. El tecuitli se ponía en los agujeros de la nariz que le hizo el sacerdote, granillos de oro, perlezuelas, turquesas, esmeraldas y otras piedras preciosas; ca en aquello se conocían y diferenciaban de los otros los tales caballeros. Atábanse los cabellos en la guerra á la coronilla. Era primero en los votos, en los asientos y presentes; era el principal en los banquetes y fiestas, en la guerra y en la paz, y podían traer tras de sí un banquillo para sentarse do quiera que le pluguiese. Este dictado tenían Xicotencatl y Maxixca, que fué gran amigo de Cortés, y por eso eran capitanes, y tan preeminentes personas en Tlaxcallán y su tierra.

#### Lo que sienten del ánima

Bien pensaban estos mejicanos que las ánimas eran inmortales, y que penaban ó gozaban según vivieron, y toda su religión á esto se encaminaba; pero donde más claramente lo mostraban, era en los mortuorios. Tenían que

había nueve lugares en la tierra donde iban á morar los difuntos: uno junto al sol, y que los hombres buenos, los muertos en batalla y sacrificados iban á la casa del sol, y que los malos se quedaban acá en la tierra, y repartíanse de esta manera: los niños y mal paridos iban á un lugar, los que morían de vejez ó enfermedad iban á otro, los que morían súbita y arrebatadamente iban á otro, los muertos de heridas y mal pegajoso iban á otro, los ahogados á otro, los justiciados por delitos, como eran hurto y adulterio, á otro; los que mataban á sus padres, hijos y mujeres, tenían casa por sí. También estaban por su cabo los que mataban al señor y á sacerdote alguno. La gente menuda comunmente se enterraba. Los señores y ricos hombres se quemaban, y quemados, los sepultaban. En las mortajas había gran diferencia, y más vestidos iban muertos que anduvieron vivos. Amortajaban las mujeres de otra manera que á los hombres, ni que á los niños. Al que moría por adúltero vestían como al dios de la lujuria, dicho Tlazolteutli; al ahogado, como á Tlaloc, dios del agua; al borracho, como á Ometochtli, dios del vino; al soldado, como á Vitcilopuchtli; y finalmente, á cada oficial daban el traje del idolo de aquel oficio.

#### Enterramiento de los reyes

Cuando enferma el rey de Méjico ponen máscaras á Tezcatlipuca ó Vitcilopuchtli, ó á otro idolo, y no se la quitan hasta que ó sana ó muere. Cuando espiraba enviábanlo á decir á todos los pueblos de su reino para que lo llorasen, y á llamar los señores que le eran parientes y amigos, y que podían venir á las honras dentro de cuatro días; que los vasallos ya estaban allí. Ponían el cuerpo sobre una

estera, velábanle cuatro noches gimiendo y plañiendo. Lavábanlo, cortábanle una guedeja de cabellos de la coronilla, y guardábanlos, diciendo que en ellos quedaba la memoria de su ánima. Metíanle en la boca una fina esmeralda; amortajábanle con diecisiete mantas muy ricas y muy labradas de colores, y sobre todas ellas iba la divisa de Vitcilopuchtli ó Tezcatlipuca, ó la de algún otro idolo su devoto, ó la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar. Poníanle una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas. Mataban luego allí el esclavo lamparero, que tenía cargo de hacer lumbre y sahumerios á los dioses de palacio, y con tanto llevaban el cuerpo al templo. Unos iban llorando y otros cantando la muerte del Rey; que tal era su costumbre. Los señores, los caballeros y criados del difunto llevaban rodela, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, para echar en la hoguera. Recibíalos el gran sacerdote con toda su clerecía á la puerta del patio, en tono triste; decía ciertas palabras, y hacíale echar en un gran fuego que para lo quemar estaba hecho, con todas las joyas que tenía. Echaban también á quemar todas las armas, plumajes y banderas con que le honraban, y un perro que lo guiase adonde había de ir, muerto primero con una flecha que le atravesase el pescuezo. Entre tanto que ardía la hoguera, y quemaban al Rey y el perro, sacrificaban los sacerdotes doscientas personas, aunque en esto no había tasa ni ordinario. Abríanlos por el pecho, sacábanles los corazones, y arrojábanlos en el fuego del señor, y luego echaban los cuerpos en un carnero. Éstos, así muertos por honra y para servicio de su amo, como ellos dicen, en el otro siglo, eran por la mayor parte esclavos del muerto y de algunos señores que se los ofrecían; otros eran enanos, otros contrahechos, otros monstruosos, y algunas eran mujeres. Ponían al difunto en casa, y en el templo muchas rosas y flores, y muchas cosas de comer y de beber, y nadie las tocaba sino sacerdotes. ca debía ser ofrenda. Otro día cogían la

ceniza del quemado, y los dientes, que nunca se queman, y la esmeralda que llevaba á la boca; todo lo cual metían en una arca pintada por dentro de figuras endiabladas, con la guedeja de cabellos, y con otros pocos cabellos que cuando nació le cortaron, y tenían guardados para esto. Cerrábanla muy bien, y ponían encima de ella una imagen de palo, hecha y ataviada al propio como al difunto. Duraban las obsequias cuatro días, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mujeres del muerto, y otras personas, y poníanlas donde fué quemado y delante la arca y figura. Al cuarto día mataban por su alma quince esclavos, ó más ó menos, según que les parecía; á los veinte días mataban cinco; á los sesenta, tres; á los ochenta, que era como cabo de año, nueve.

#### De cómo queman para enterrar los reyes de Michuacán

El rey de Michuacán, que era grandísimo señor, y que competía con el de Méjico, cuando estaba muy á la muerte y desahuciado de los médicos, nombraba al hijo que quería por rey; el cual luego llamaba todos los señores del reino, gobernadores, capitanes y valientes soldados que tenían cargos de su padre, para enterrarle; al que no venía castigábale como á traidor. Todos venían, y le traían presentes, que era como aprobación del reinado. Si el Rey estaba enfermo en artículo de muerte, cerraban las puertas de la sala porque ninguno entrase allá. Ponían la divisa, silla y armas reales en un portal del patio de palacio, para que allí se recogiesen los señores y los otros caballeros. En muriendo alzaban todos ellos y los demás un gran llanto, entraban do estaba su rey muerto, tocábanle con las manos, bañábanlo con agua olorosa, vestíanle una camisa

muy delgada, calzábanle unos zapatos de venado, que es el calzado de aquellos reyes; atábanle cascabeles de oro á los tobillos, poníanle ajorcas de turquesas en las muñecas, en los brazos brazaletes de oro, en la garganta gargantillas de turquesas y otras piedras, en las orejas zarcillos de oro, en el bezo un bezote de turquesas, y á las espaldas un gran trenzado de muy linda pluma verde. Echábanle en unas anchas andas, que tenían una muy buena cama; poníanle al un lado un arco y un carcax de piel de tigre, con muchas flechas; y al otro un bulto tamaño como él, hecho de mantas finas, á manera de muñeca, que llevaba un grande plumaje de plumas verdes, largas y de precio. Llevaba su trenzado, zapatos, brazaletes y collar de oro. Entre tanto que unos hacían esto, lavaban otros á las mujeres y hombres que habían de ser muertos para acompañar el Rey al infierno. Dábanles muy bien de comer, y emborrachábanlos para que no sintiesen mucho la muerte. El nuevo señor señalaba las personas que habían de ir á servir al Rey su padre, porque muchos no holgaban de tanta honra y favor; aunque algunos había tan simples ó engañados, que tenían por gloriosa muerte aquella. Eran principalmente siete mujeres nobles y señoras: una para que llevase todos los bezotes, arracadas, manillas, collares y otras joyas así ricas, que solía ponerse el muerto; otra era para copera, otra que le sirviese aguamanos, otra que le diese el orinal, otra por cocinera, y la otra por lavandera. También mataban otras muchas esclavas, y mozas de servicio, que eran libres. No lleva cuenta los hombres esclavos y libres que mataban el día del enterramiento del Rey, ca mataban uno y aun más de cada oficio. Limpios pues estos escogidos, hartos y beodos, se teñían los rostros de amarillo, y se ponían en las cabezas sendas guirnaldas de flores, é iban como en procesión delante del cuerpo muerto, unos tañendo caracoles, otros huesos, otros en conchas de tortugas, otros chillando, y creo que todos llorando. Los hijos del muerto y los señores principales toma-

ban en hombros las andas, y caminaban paso á paso al templo de su dios Curicaneri; los parientes rodeaban las andas y cantaban ciertos cantares tristes y revesados; los criados, los hombres valientes, y de cargos de justicia ó guerra, llevaban ventalles, pendones, y diversas armas. Salían de palacio á media noche con grandes tizones de teda y con grandísimo ruido de trompetas y atabales. Los vecinos de las calles por do pasaban, barrían y regaban muy bien el suelo. En llegando al templo daban cuatro vueltas á una hacina de leña de pino, que tenían hecha para quemar el cuerpo; echaban las andas encima del montón de leña, y poníanle fuego por debajo; y como era seco, presto ardía. Achocaban entre tanto los enguirnaldados con porras, y enterrábanlos de cuatro en cuatro con los vestidos y cotas que llevaban, detrás del templo, á raiz de las paredes. En amaneciendo, que ya el fuego era muerto, cogían la ceniza, huesos, piedras y oro derretido en una rica manta, é iban con ello á la puerta del templo; salían los sacerdotes, bendecían las endemoniadas reliquias, envolvíanlas en aquella y en otras mantas, hacían una muñeca, vestíanla muy bien como hombre, poníanle máscara, plumaje, zarcillos, sartales, sortijas, bezotes y cascabeles de oro; arco, flechas, y una rodela de oro y pluma á las espaldas, que parecía un ídolo muy compuesto. Abrían luego una sepultura al pie de las gradas, ancha y cuadrada, y honda dos estados; emparamentábanla de esteras nuevas y buenas por todas cuatro paredes y el suelo; armaban dentro una cama, entraba cargado de la muñeca un religioso, cuyo oficio era tomar á cuestras los dioses, y tendíala en la cama con los ojos hacia levante. Colgaba muchas rodelas de oro y plata sobre las esteras, y muchos penachos, saetas y algún arco. Arrimaba tinajas, ollas, jarrros y platos. En fin, él henchía la huesa de arcas encoradas, con ropa y joyas, de comida y de armas. Salíanse, y cerraban el hoyo con vigas y tablas, y echábanle por encima un suelo de barro, y con tanto se iban. Lavábanse mu-

cho todos aquellos señores y personas que habían llegado al sepultado, y hecho algo en el enterramiento, y luego comían en el patio de palacio, asentados, pero sin mesa. Limpiábanse con sendos copos de algodón. Tenían las cabezas bajas, estaban mustios, y no hablaban sino «Dame á beber.» Esto les duraba cinco días, y en todos ellos no se encendía fuego en casa ninguna de aquella ciudad Chincicila, si no era en palacio y en templos; ni se molía maíz sobre piedra, ni se hacía mercado, ni andaban por las calles; y en fin, hacían todo el sentimiento posible por la muerte de su señor.

#### De los niños

Es costumbre en esta tierra saludar al niño recién nacido, diciendo: «¡Oh criatura! ¡Ah chiquito! Venido eres al mundo á padecer; sufre, padece y calla.» Pónenle luego un poco de cal viva en las rodillas, como quien dice: «Vivo eres, pero morir tienes, ó por muchos trabajos has de ser tornado polvo como esta cal, que piedra era.» Regocijan aquel día con bailes y cantares y colación.

Era general costumbre no dar leche las madres á sus hijos el primer día todo entero que nacían, porque con la hambre tomasen después la teta de mejor gana y apetito; pero mamaban ordinariamente cuatro años arreo, y tierras había que doce. Las cunas son de cañas ó palillos muy livianos, por no hacer pesada la carga. También se los echan las madres y amas al cuello sobre las espaldas, con una mantilla que les toma todo el cuerpo, y que se la atan ellas á los pechos por las puntas, y de aquella manera los llevan camino, y les dan la teta por el hombro; huyen de

empreñarse criando, y la viuda no se casa hasta destetar el hijo; que mal contado les era lo contrario haciendo.

En algunas partes zambullen los niños en albercas ó fuentes ó ríos ó en tinajas el primer día que nacen, por les endurecer el cuero y carne, ó quizá por lavarles la sangre, hedor y suciedad que sacan del vientre de las madres; la cual costumbre algunas naciones de por acá la tuvieron. Hecho esto, les ponen, si es varón, una saeta en la mano derecha, y si hembra, un huso ó una lanzadera, denotando que se habían de valer, él por las armas, y ella por la rueca.

En otros pueblos bañaban las criaturas á los siete días, y en otros á los diez que nacieron; y allí ponían al hombre una rodela en la izquierda y una flecha en la derecha. Á la mujer ponían una escoba, para entender que el uno ha de mandar y el otro obedecer. En este lavatorio les ponían nombre, no como querían, sino el del mismo día en que nacieron; y desde á tres meses suyos, que son de los nuestros dos, los llevaban al templo, donde un sacerdote que tenía la cuenta y ciencia del calendario y signos, les daba otro sobrenombre, haciendo muchas ceremonias, y declaraba las gracias y virtudes del ídolo cuyo nombre les ponía, pronosticándoles buenos hados. Comían estos tales días muy bien, bebían mejor, y no era buen convidado el que no salía borracho. Sin estos nombres de los días siete y sesenta, tomaban algunos señores otros, como era de Tecuitli y Pilli; mas esto acontecía raras veces.

El castigo de los hijos toca á los padres, y el de las hijas á las madres. Azótanlos con hortigas, danles humo á narices, estando colgados de los pies; atan á las muchachas de los tobillos, porque no salgan fuera de casa; hiérenlas en el labio y pico de la lengua, por la mentira; son muy apasionados por mentir todos estos indios, y por enmienda y por quitarlos de este vicio ordenó Quezalcoatl el sacrificio de la lengua. Caro les costó á muchos el mentir al principio que nuestros españoles ganaron la tierra; por-

que preguntados dónde había oro y sepulturas ricas, decían que en tal y tal cabo; y como no se hallase por más que cavaban, descoyuntábanlos á tormentos y golpes, y aun los aperreaban.

Los pobres enseñaban á sus hijos sus oficios, no porque no tuviesen libertad para mostrarles otro, sino porque los aprendiesen sin gastar con ellos. Los ricos, en especial caballeros y señores, enviaban á los templos sus hijos como habían cinco años, y á esta causa había tantos hombres en cada templo, cuantos en otra parte dije. Allí había un maestro para doctrinarlos; tenía esta congregación de mancebos tierras propias en que coger pan y fruta; tenía sus estatutos, como decir, ayunar tantos días de cada mes, sangrarse las fiestas, rezar, y no salir sin licencia.

#### Encerramiento de mujeres

Á las espaldas de los templos grandes de cada ciudad había una muy gran sala y aposento por sí, donde comían, dormían y hacían su vida muchas mujeres; y aunque las tales salas no tenían puerta, porque no las usan, están seguras. Bien que nuestros españoles hablaban lo que pensaban de aquella abertura y libertad, sabiendo que aun do hay puertas saltan los hombres paredes. Diversas intenciones y fines tenían las que dormían en casas de los dioses; pero ninguna de ellas entraba para estar allí toda su vida, aunque había entre ellas mujeres viejas. Unas entraban allí por enfermedades, otras por necesidad, y otras por ser buenas. Algunas porque los dioses les diesen riquezas, muchas porque les diesen larga vida, y todas porque les diesen buenos maridos y muchos hijos. Prometían de servir y estar en el templo un año, y dos, y tres, ó más

tiempo, y después casábanse. Lo primero que hacían luego en entrando era trasquilarse, á diferencia de las otras, ó porque los ministros del mismo templo traían cabellos. Su oficio era hilar algodón y pluma, y tejer mantas para sí y para los ídolos, barrer el patio y salas del templo; que las gradas y capillas altas los ministros las barrían. Tenían sus ciertas sangrías del cuerpo con que aplacer al diablo; iban las fiestas solemnes, ó siendo menester, en procesión con los sacerdotes, ellos por una hilera y ellas por otra; pero no subían las gradas ni cantaban; vivían de por amor de Dios, que sus parientes, y los ricos y devotos, las sustentaban, y les daban carne cocida y pan caliente, que ofreciesen á los ídolos; ca siempre se ofrecía así porque subiese el olor y vaho en alto, y gustasen los dioses; comían en comunidad, y dormían juntas en una sala, como monjas, ó por mejor hablar, como ovejas; no se desnudaban, dicen por honestidad, y por levantarse más presto á servir los dioses y á trabajar; aunque no sé qué se habían de desnudar las que andaban casi en carnes; bailaban las fiestas ante los dioses, según el día. La que hablaba ó se reía con algún hombre seglar ó religioso era reprehendida, y la que pecaba con alguno mataban, juntamente con el hombre; tenían que se les habían de podrir las carnes á las que perdían allí su virginidad, y por el miedo del castigo é infamia eran buenas mujeres estando allí; y las que hacían aquel mal recado de su persona, hacían grandísima penitencia y permanecían en la religión.

#### De las muchas mujeres

Casan especialmente los hombres ricos, y soldados, y los señores, con muchas mujeres; unos con cinco, otros

con treinta, quién con ciento, quién con ciento cincuenta, y tal rey había que con muchas más. Por do no es de maravillar que haya en aquella tierra muchos hermanos, todos hijos de un mismo padre, pero no de madre, y así Nezaualpícutli y su padre Nezualcoyo, que fueron señores de Tezcucó, tuvieron cada cien hijos, y cada otras tantas hijas.

Algunas provincias y generaciones hay, como son chichimecas, mazatecas, otomís y pinoles, que no toman más de una sola mujer, y aquella no parienta, aunque también es verdad que los señores y caballeros toman cuantas quieren, á fuer de Méjico. En unas partes compran las mujeres, en otras las roban, y generalmente las piden á los padres, y esto en dos maneras, ó para mujeres, ó por amigas. Cuatro causas dan para tener tantas mujeres: la primera es el vicio de la carne, en que mucho se deleitan; la segunda es por tener muchos hijos; la tercera por reputación y servicio; la cuarta es por granjería; y esta postrera usan más que otros, los hombres de guerra, los de palacio, los holgazanes y tahures; hácenlas trabajar como esclavas, hilando, tejiendo mantas para vender, con que se mantengan y jueguen; casan ellos á los veinte años y aun antes, y ellas á diez. No casan con su madre ni con su hija ni con su hermana; en lo demás poco parentesco guardan; aunque algunos se hallaron casados con sus propias hermanas, cuando venidos al santo bautismo, dejaban las muchas mujeres, y quedaban con sola una; casaban con cuñadas, con las madrastras en quien sus padres no tuvieron hijos; pero dicen que no era lícito. Nezualcoyo, señor de Tezcucó, mató cuatro de sus hijos porque durmieron con sus madrastras. En Michuacán tomaban por mujer á la suegra, estando casados primero con la hija, y de esta manera tenían á hija y á madre. Aunque toman muchas mujeres, á unas tienen por legítimas, á otras por amigas, y á otras por mancebas. Amiga llaman á la que después de casados demandaban, y manceba á la que

ellos se tomaban. Los hijos de las mujeres que traen dote heredan al padre, y entre grandes señores heredaban los hijos de las del linaje del rey de Méjico, aunque tuviesen otros hijos mayores en mujeres dotadas.

#### Los ritos del matrimonio

Siempre va la mujer á velarse á casa del marido, y ordinariamente va á pie, aunque en algunas partes traían la novia á cuestras, y si es señora, en andas sobre hombros. Sale á recibirla al umbral de la puerta el desposado, é inciénsala con un braserillo de ascuas y resina olorosa; danle á ella otro, y sahúmale también á él; tómalala por la mano y métela al tálamo, y asiéntanse ambos á dos junto al fuego en una estera nueva; llegan entonces unos como padrinos, y átanle las mantas una con otra. Estando así atados, da el novio á la novia unos vestidos de mujer, y ella á él vestidos de hombre. Traen luego la comida, y el esposo da de comer á la esposa de su mano, y también la desposada da de comer al desposado. Entre tanto que pasaban todas estas cosas y ritos de desposorio, bailaban y cantaban los convidados, y en alzando la mesa, hacíanles presentes porque los habían honrado, y no mucho después cenaban largamente, y con el regocijo y calor de las viandas, guisadas con mucho ají, bebían de tal suerte, que cuando venía la noche pocos faltaban de borrachos. Los novios solamente estaban en seso, por haber comido muy poco, que bien se mostraban en aquellos novios, y casi no comen en los cuatro días primeros; que todo su hecho era rezar, y sangrarse para ofrecer la sangre al dios de las bodas. No consuman matrimonio en todo aquel tiempo,

ni salen de la cámara sino para la necesidad natural que nadie puede excusar, ó para el oratorio de casa, á sahumar los ídolos; creían que saliendo de otra manera fuera de la cámara, en especial ella, que había de ser mala de su cuerpo; sahuman la cama cuando quieren dormir, y entonces, y cuando visitaban los altares, se vestían de la divisa del dios de las bodas. Á la cuarta noche venían ciertos sacerdotes ancianos, y hacían la cama á los novios. Juntaban dos esteras nuevas flamantes, que nadie las hubiese estrenado; ponían en medio de ellas unas plumas, una piedra chalchihuitl, que es como esmeralda, y un pedazo de cuero de tigre; tendían luego encima de todo ello las mejores mantas de algodón que había en casa, ponían asimismo á las esquinas de la cama hojas de cañas y púas de metl, decían ciertas palabras, é ibanse. Los novios sahumaban la cama y acostábanse. Esta era la propia noche de novios. Otro día luego por la mañana llevaban la cama con cuantas cosas tenía, y la sangre que el novio había sacado á la novia, y la que entrambos se sangraron, sobre las hojas de caña, á ofrecer al templo; volvían los sacerdotes, y estándose bañando los novios sobre unas esteras verdes de espadañas, les echaba uno de ellos con la mano cuatro veces agua, á manera de bendición, en reverencia de Tlaloc, dios del agua, y otras cuatro á reverencia de Ometochtli, dios del vino. Empero si eran señores los novios, echábanles agua con un plumaje; vestían tras esto los novios de ropa nueva ó limpia; daban al novio un incensario bendito con que sahumase los ídolos de su casa, y ponían á la novia pluma blanca sobre la cabeza, y en las manos y pies pluma colorada; y en estando así emplumada, cantaban y bailaban los convidados, y bebían mejor que la otra vez. No hacían estas ceremonias los pobres ni esclavos; pero hacían algunas, y aquellas eran las que ligaban; ni tampoco guardaban estos ritos los que se casaban con sus mancebas; y dicen que si la madre ó padre de la amancebada requerían al que la tenía se casase con ella,



pues tenía hijos, que el tal hombre, ó la tomaba por mujer, ó nunca más á ella tornaba.

En Tlaxcallán y en otras muchas ciudades y repúblicas, por principal ceremonia y señal de casados se trasquilan los novios, por dejar los cabellos y lozania de mozos, y criar de allí adelante otra manera de cabello. La esencial ceremonia que tienen en Michuacán es mirarse mucho y en hito los novios al tiempo que los velan, ca de otra manera no es matrimonio, pues parece que dicen no.

En Mixtecapán, que es una gran provincia, llevaban cierto trecho á cuestras al desposado cuando se casa, como quien dice: « Por fuerza te has de casar, aunque no quieras, para haber hijos. » Danse las manos los novios en fe y señal que se han de ayudar el uno al otro. Átanles asimismo las mantas con un gran ñudo, para que sepan cómo no se han de apartar.

Los mazatecas no se acuestan juntos la noche que los casan, ni consuman matrimonio en aquellos veinte días; antes están todo aquel tiempo en ayuno y oracion, y como ellos dicen, en penitencia, sacrificándose los cuerpos, y untando los hocicos de los ídolos con su propia sangre.

En Pánuco compran los hombres las mujeres por un arco y dos flechas y una red. No hablan los suegros con los yernos el primer año que se casan. No duermen con las mujeres después de paridas en dos años, porque no se tornen á empreñar antes de haber criado los hijos, aunque maman doce años; á esta causa tienen muchas mujeres. Nadie come de lo que tocan y guisan las que están con su camisa, sino son ellas mismas.

El divorcio no se hacía sin muy justas causas ni sin autoridad de justicia. Esto era en las mujeres legítimas, y públicamente casadas; que las otras con tanta facilidad se dejaban como se tomaban. En Michuacán se podían apartar jurando que no se miraban. En Méjico probando que era mala, sucia y estéril; mas, empero, si las dejaban sin causa ni mandamiento de los jueces, chamuscábanles los

cabellos en la plaza, por afrenta y señal que no tenía seso. La pena del adulterio era muerte natural; moría también ella como él. Si el adúltero era hidalgo, emplúmanle, después de ahorcado, la cabeza. Pónenle un penacho verde, y quémanlo. Castigan tanto este delito, que no excusa la ley al borracho, ni á la mujer, aunque la perdone su marido. Por evitar adulterios consienten cantoneras, pero no hay mancebias públicas.

#### Costumbres de los hombres

Hablando de mejicanos, es hablar en general de toda la Nueva-España. Son los hombres de mediana estatura, mas rehechos, leonados en color, los ojos grandes, las frentes anchas, las narices muy abiertas, los cabellos gordos, negros, largos, mas con garceta. Hay muy pocos crespos ni bien barbados, porque se arrancan y untan los pelos para que no nazcan. Algunos blancos hay, que se tienen por maravilla. Pintanse mucho y feo en guerra y bailes. Cubrense de pluma la cabeza, brazos y piernas, ó con escamas de peces ó pieles de tigres y otros animales. Hácense grandes agujeros en las orejas y narices, y aun en la barbilla, en que ponen piedras, oro y huesos. Unos se meten allí uñas ó picos de águila, otros colmillos de animales, otros espinas de peces. Los señores, caballeros y ricos traían esto de oro ó piedras finas, hecho al propio; con lo cual andan galanes y bravos, á su pensar. Calzan unos zapatos como alpargatas, pañicos por bragas. Visten una manta cuadrada, añudada al hombro derecho como gitanas. Los ricos, ó en fiestas, usan traer muchas mantas y de colores; en lo demás desnudos van. Casan á los veinte años, aunque los de Pánuco primero habían cuarenta. To-